

Entre el instinto y la razón

Los instintos genéticamente adquiridos fueron capaces de orientar y coordinar las actividades de nuestros lejanos antepasados, pero se trataba de una cooperación que sólo podía abarcar un limitado conjunto de sujetos entre los que, por lo general, cabía establecer un trato directo y una confianza mutua. (...) Aquellos individuos no sólo podían escuchar al heraldo: muchos, seguramente, hasta lo conocían personalmente. Aristóteles afirmó que el tamaño de la *polis* no debía exceder el radio en que se podía captar la voz de un heraldo. El tipo de coordinación propio de las sociedades primitivas radicaba fundamentalmente en los instintos de solidaridad y altruismo, los cuales, por lo demás, sólo alcanzaban a los miembros del grupo en cuestión, y no a los demás. El primitivo individualismo descrito por Hobbes no pasa de ser un mito. Nada de individualista tiene el salvaje: su instinto es y ha sido siempre gregario. Nunca se dio en nuestro planeta esa supuesta “guerra de todos contra todos”. Son las normas reguladoras del comportamiento humano, plasmadas por vía evolutiva (y especialmente las que hacen referencia a la propiedad plural, al recto comportamiento, al respeto de las obligaciones asumidas, al intercambio, al comercio, a la competencia, al beneficio y a la inviolabilidad de la propiedad privada), las que generan tanto la íntima estructura de ese peculiar orden como el tamaño de la población actual. Tales esquemas normativos se basan en la tradición, el aprendizaje y la imitación más que en el instinto. Esas normas constituyen una nueva y diferente moral encaminada a reprimir la “moral natural”, es decir, ese conjunto de instintos capaces de aglutinar a los seres humanos en agrupaciones reducidas, asegurando en ellas la cooperación, si bien a costa de entorpecer o bloquear su expansión. (...)

No es mera coincidencia el que muchas de las normas abstractas giren en torno a cuestiones de carácter económico. Desde sus orígenes, la economía se ha ocupado de analizar cómo surge un orden extenso de interacción humana cuyo contenido supera siempre nuestra limitada capacidad de percepción y diseño. Fue Adam Smith el primero en advertir que casi nos hemos “dado de bruces” con ciertos métodos de ordenación de la cooperación económica que excede los límites de nuestro conocimiento y nuestra percepción. En nuestras actividades económicas nada sabemos de las necesidades ajenas que nuestro esfuerzo productivo contribuirá a satisfacer ni de los esfuerzos ajenos que acaban satisfaciendo nuestras propias necesidades. El mercado funciona como un mecanismo capaz de recoger y aprovechar un vasto conjunto de conocimientos diseminados que ninguna agencia planificadora central –y menos aún ningún individuo- está en situación de aprehender o controlar. Una vez desarrolladas las instituciones y tradiciones basadas en tales modelos, huelga el acuerdo (imprescindible a nivel tribal) sobre fines comunes, resultando posible, por el contrario, la utilización de la información ampliamente diseminada, así como el mejor aprovechamiento de las habilidades de cada cual para alcanzar una pluralidad de fines.